

margen N° 77 – julio 2015

Arquitectura energética consciente

Por Erick Bojorque Pazmiño

Erick Bojorque Pazmiño. Arquitecto. Catedrático de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí en Ecuador. Diploma en Educación Superior por Competencias por la Universidad del Azuay (Ecuador).

El sustento de la materialidad es la energía que le presta vida...

Comunión del conocimiento arquitectónico con el conocimiento energético dimensional.

Manifiesto

Buscar el conocimiento es una noble tarea, pero como toda búsqueda denota la falencia. Nunca veríamos a una persona hidratada buscar con ahínco agua, lo que no ocurre con quién la tiene en suficiencia en su interior. El conocimiento es inalcanzable por mera teorividad y empirismo. Más sencillo es conseguir un dolor de cabeza que el conocimiento a través de sofismas.

Fácil es entender cómo se da y en dónde se genera el conocimiento, pero muy distinto es hacerlo para sí. Es decir, si quiero conocer un nuevo lugar, el conocimiento se da visitándolo y se genera con todos los empachos que la travesía nos puede dar, pero no necesariamente eso implica que he generado un conocimiento tal del sitio en mí. Haría falta que no sólo visitara, sino que viviera por algún tiempo razonable en él, haciendo rutina y explorando sus nimiedades. Y aún así no tendría un conocimiento cabal sino el conocimiento con la medida que quiera para mí, el conocimiento que me sea pertinente y que en otro instante quisiera nuevamente retomarlo, tendiendo el conocimiento a ser la expresión de mi inquietud satisfecha, aceptada.

En la investigación científica, por ejemplo, se parte equivocadamente del hecho de que el conocimiento tiene un fin en sí mismo, el de conocer por conocer. La expresión es el más. Más conocimiento, más investigación. Un uróboro sin fin que no termina de satisfacer una inquietud sino que derrocha preguntas. Podríamos asemejarlo a una raíz que se engorda a expensas de una fuente de agua que la mantiene así. Esa fuente, en la actualidad, es el mercado y el consumo global. Mientras la fuente está, no hay problema, no hay reflexión, no existe sino el derroche del engrosamiento, pero cuando la fuente se seca, entonces las otras raíces que en algún momento de la orgía se echaron a perder, se elevan al punto de convertirse en necesarias y tal vez en indispensables, pues su avance estaba direccionado hacia mejores fuentes. No existe conciencia en conocimiento sino la inconsciencia del avance, de la producción, del mercado.

Conciencia en el conocimiento es indispensable si se quiere comprender en forma caba el cómo se genera, el dónde se genera y el beneficio de tal generación de conocimiento. El conocimiento usado para lo dañino es inaceptable. El conocimiento que hiere el libre albedrío del prójimo es a todas luces falta de conciencia, con lo que podríamos decir que el conocimiento está por fuera de los valores morales y éticos. Simplemente es. Es el investigador quién hará conciencia del conocimiento para extraer su verdad o para extraer de él su error.

El conocimiento no es dádiva de un misterioso ser, sino la libre expresión de la vivencia exquisita del instante y de la observación con atención tanto del exterior o del mundo, como del interior o de los juicios de la propia alma, del ánimo personal, que compromete o vivifica un conocimiento de manera particular, siendo la medida del mismo y la única posibilidad de su cristalización. El conocimiento no es el resultado de una búsqueda sino el libre empoderamiento del intuitivo investigador. Harían mal los científicos entonces en

querer medir, catalogar, instrumentar el conocimiento que como el agua se les escurriría de entre los ya que no habría fórmula matemática cuya suma nos dé como resultado tal o cual conocimiento. La mano de la observación atenta y la copa de la intuición hacen posible beber del conocimiento.

Como el conocimiento no es ala de un solo pájaro, el ser humano cualquiera puede asirlo, beberlo y tomarlo, ya que siempre ha existido, pues los eventos naturales se han dado y se dan a diario sin que medie la intención de un investigador por encontrar su causa aunque se recurra a la contemporánea tecnología. Siempre están. No es algo meticulosamente escondido. Lo que sí se requiere es el desarrollo del investigador, no en términos de preparación empírica sino de la astuta e inteligente observación dirigida y el constante mejoramiento interior.

Vale la pena ser claros en este punto, pues es innegable que la forma de ver el mundo de una persona cuyo temperamento es explosivo, es completamente distinta al de una persona tranquila. Al ser las cosas así, el conocimiento depende exclusivamente de la percepción del observador y por tanto es completamente particular e infinita.

Si el investigador es la causa a priori del conocimiento, variados serían los senderos del mismo. No se podría hablar entonces de un único sendero, de un único camino, de una única técnica magnífica para aprehender el conocimiento. Es más es completamente saludable entender que cada investigador ha de encontrar su forma de conectarse y extraer conocimiento digamos así de una fuente universal, que también sería una entre muchas. Dependería de las inquietudes personal tal tarea.

En el caso de los arquitectos y su amada arquitectura, el conocimiento también se extrae a través de la observación directa, atenta y dirigida de las edificaciones, de sus patologías de sus beneficios; o de los conglomerados de edificaciones como son las urbes y las ciudades y pueblos, sectores y barrios; y del auto conocimiento constante por parte del arquitecto para tomar uno u otro camino. Esto se lo vive a diario en la profesión. Grandes arquitectos han tomado su saber de instantes de su vida y han sabido expresarlo con genialidad. Pero esa genialidad no ha sido tomada por los científicos como conocimiento sino como creatividad. Para el mundo académico el conocimiento ha de ser tal mientras existan seguidores, mientras existan leyes matemáticas que lo regulen, pero en arquitectura tal hecho es tan inadecuado como lo es el plagio.

En arquitectura también se accede al conocimiento a través de la observación dirigida, de la atención plena, sin identificación en los acontecimientos edilicios o urbanos, permaneciendo en la neutralidad autoestructurante y autopoiética. Dicha observación se logra viviendo cada instante, cada momento, el presente sin ensoñaciones, sin prenderse de los prejuicios y preconceptos que el alma del observador dicta a voz en cuello de forma naturalmente dañina. Esta observación llevada a cabo en la arquitectura determina que existe en los edificios una vida interior, una vida energética que se fundamenta en el aura de la edificación; una energía propia que embebe a los usuarios de aquel y que se deja ver en la empatía manifiesta hacia sus componentes estructurales, superestructurales, de instalaciones, de flujos. Muy común es que las personas tilden a un edificio de bonito o feo, pero también mucho más perverso de invivible o de magnífico. Claro que estos hechos no resultan tan solo de preguntar, sino de la observación de eventos inconfundibles como la apropiación dichosa de una casa bien mantenida en donde abundan los beneficios y la salud o la degradante vida en una ratonera sucia que se cae a pedazos por el maltrato o la denigración de sus elementos; cosas muy extrañamente parecidas a lo que le ocurre a una persona a un ser vivo cuando es aceptado o repelido. Ventanas rotas, paredes mohosas, olores extraños y confusión no son sino muestras de que existen a parte de las consabidas cuestiones formales, funcionales y tecnológicas un entramado flujo de emociones, pensamientos, voluntades y anhelos que se manifiestan o se interrumpen en una edificación.

Cuando a una persona sus congéneres le llenan de pensamientos maravillosos, ésta incrementa su aura energética. Y al contrario, cuando la vituperan, su aura interna se reduce, su energía pierde fuerza; la fuerza de vida que el colectivo entrega. En el primer caso, la persona es reluciente, buen semblante, adecuada presencia y lúcido comportamiento. En el segundo caso la persona tiende a ensuciarse, a desgarrarse y a contemplarse a sí mismo en menos. Hagamos un símil con una edificación, con un espacio público. Una edificación saludable y hermosa tiene la capacidad de levantar la moral de todo un sector, una ciudad, un país. De igual manera, edificios de interés social hechos con la delicadeza de un toro y la sapiencia de un necio, convierten hermosas praderas en sitios de guerra y combate. Las edificaciones tienen vida energética y su manifestación, una importancia que trasciende fronteras. Una edificación sana puede sanar un colectivo. Una edificación enferma puede destruir toda una comunidad. No depende de las

personas. Las personas viven en él. Las personas reciben de él energía. Recordemos el antiguo Egipto en donde se conservaban los cuerpos de la faraones ubicándolos en el baricentro de las grandiosas pirámides. Un edificio transmite energía. Está vivo.

En **Arquitectura energética consciente** se toma el conocimiento para lograr la sanidad de las edificaciones y los lugares a través de tres entradas, de tres vórtices que son la arquitectura académica-profesional que mira los eventos edilicios desde la óptica de lo creativo-técnico-profesional para establecer los componentes **metacognitivos-geométricos-dispocionales-morfológicos-concretos-tecnológicos-sensibles-valorativos**; la ciencia de la medida energética para establecer las condiciones de sanidad o enfermedad del hecho arquitectónico-urbano, a través de determinar sus condiciones de aura-salud y la milenaria sabiduría esotérica gnóstica que canaliza el rigor de la observación dirigida y la intuición para concienciar lo conocido.

Esta **Arquitectura energética consciente** tiene tres principios:

1. Todo edificio es un ser viviente.
2. Toda ciudad es la extensión del edificio.
3. Todo edificio es susceptible de enfermar y ser sanado.

Los tres principios

Todo edificio es un ser viviente

- Ya que es habitable y se deja hacerlo por cuanto tiene energía que se manifiesta en su aura interna y es susceptible de ser medida por el observador experto.
- Ya que es influenciado directa e indirectamente por las energías emanadas del planeta Tierra, a decir ocho: actividad-desarrollo-crecimiento-movimiento-limpieza-excreción-inhibición-productividad.
- Ya que influye en los usuarios como influyen las pirámides a través de su baricentro.
- Ya que su vida tiene la misma condición de nacer-crecer-reproducirse-morir como cualquier otro ser vivo.
- Ya que tiene una corporeidad física que es visible; tiene cuerpos etéricos que son el conjunto de sus relaciones con el entorno, los usuarios; tiene cuerpos de vida que son los que enfrentan el flujo terrestre; tiene cuerpos internos: Emocional, Mental, Causal o Volitivo, Espiritual; ya que inspira, cobija, advierte y desata para sí las emociones, pensamientos, querer, anhelos que los seres humanos lo expresan en sensibilidad, juicios, vocación y vivencia.
- Ya que es susceptible de modificar su materialidad según la empatía que causa. Un edificio, una ciudad son como es el trato que reciben de sus usuarios.
- Ya que tiene la capacidad de cambiar el entorno edificado y humano; lo que se demuestra sencillamente en la plusvalía y en la apropiación humana de sí.

Toda ciudad es la extensión del edificio

- Ya que una ciudad se hace por la presencia de cada nuevo edificio en un nuevo emplazamiento y su esencia es lo que ellos son en esencia.
- Ya que la ciudad es la suma de edificios y elementos construidos que la influyen de manera puntual y definitiva.

- Ya que un edificio influye rápida y directamente en la ciudad. Un edificio sano se emula rápidamente y genera inmediatamente mejoras en la ciudad, el sector, el país. Una ciudad podrá cambiar sus normas, sus usos, pero jamás logrará hacer con ello que los edificios se sanen y sean empáticos en sí.
- Ya que un individuo construido en conciencia por expansión de su influencia, permitirá a una sector llegar al punto de "masa crítica", cuya matemática cambiará a todo la urbe.
- Ya que, una ciudad no puede cambiar por sí sola. Puede crecer, cambiar de lugar, pero, si en lo nuevo se construye a la vieja ultranza, nada cambiará, el derrotero será el mismo. Un edificio sano puede cambiar una ciudad milenaria al poco tiempo de construido o restaurado.
- Ya que un edificio o ente construido se vuelve en un vórtice de generación energética negativa o positiva para el barrio, la comuna, el pueblo, la ciudad. Esto ocurre por el planeamiento energético que induce o aprovecha la energía de un lugar.
- Ya que la suma de vórtices beneficiosos necesariamente se convertirá en una red de salud como la luz que difunde una luminaria y su conjunto al llegar la noche; o como un local de productos orgánicos, un gimnasio, una cancha deportiva, una rambla peatonal cuya materialidad funcional y de servicio son capaces de entregar sanidad y pueden hacer que una ciudad industrial dañina, por ejemplo, se convierta en un templo de sanidad y alegría.
- Ya que la ciudad logra su expresión común por la suma de expresiones individuales en plazas, calles y edificios. Una ciudad sana es la reunión de elementos sanos. Una ciudad enferma será la suma de edificios enfermos y dañinos.

Todo edificio es susceptible de enfermar y ser sanado

- Ya que un edificio o cualquier otro elemento construido tiene circuitos, conductos, canales, meridianos, chakras, conexiones que permiten el flujo de corrientes energéticas vitales, etéricas, emocionales, mentales, volitivas, espirituales y otras cuya abundancia o insuficiencia natural o impuesta logran la habitabilidad excelsa o la denigración catastrófica.
- Ya que usando procesos de medición energética, observación directa e indagación conceptual dirigida se puede determinar causas de enfermedad, falencia, interrupción, taponamiento, bloqueo, procediendo a sanar su contraparte física, etérica e interna, y sus orígenes energéticos; con la creación de nuevos componentes y nuevos flujos energéticos que redundan en el cambio de estructuras moleculares creando estabilidad y solidez a todo nivel.
- Ya que las edificaciones son emplazadas según las determinantes urbanas, el gusto de los usuarios y otras determinantes y condicionantes que le disponen con una orientación a favor y muy generalmente en contra de los flujos terrestres adecuados para cada función.
- Ya que las edificaciones pueden ser construidas sobre vórtices energéticos terrestres beneficiosos o dañinos sin que medie conocimiento alguno de tales.
- Ya que al ser las edificaciones empáticas con el ser humano están también dispuestas a los influjos que las personas pueden ejercer sobre ellas con sus emociones, pensamientos, actitudes y acciones a favor o en contra de ellas.
- Ya que al depender un edificio o un elemento urbano en su cristalización, concepción, diseño, materialización, de la capacidad y conocimiento del proyectista y del constructor, está expuesto a falencias energéticas en el diseño y en el uso de materiales de su construcción y por tanto en su desarrollo posterior de servicio.
- Ya que es posible, sabiendo cómo hacerlo, el tomar el conocimiento posterior de una obra antes de que ella misma sea materializada en cualquier nivel.